

La refiguración del hombre-masa desde una pedagogía hermenéutica

Lucía Andreina Parra Mendoza¹

Luis Javier Hernández Carmona²

Recibido: 24-05-2016

Aceptado: 29-06-2016

Resumen

La ruta investigativa que nos proponemos seguir intenta abordar un fenómeno social de profundas raíces históricas devenido de los diversos discursos que conforman la sociedad como superestructura ideológica. Con el advenimiento de la sociedad industrial, el sistema capitalista y su estructura ideológica configurada en la industria cultural como mecanismo de creación de valores, creencias y representaciones dentro de la vida social de la cultura de masas aparece el *hombre-masa* del que habla Ortega y Gasset, un hombre que no tiene espacio ni libertad para pensarse a sí mismo, y es construido por la misma sociedad. En la presente investigación nos proponemos transitar desde la Ontosemiótica (Hernández, 2013) la refiguración de este sujeto-masa en ser auténtico desde una pedagogía hermenéutica que privilegie la formación de un *sujeto intercultural* capaz de reconocer y reconocerse en la construcción de imaginarios socioculturales; y asimismo, fundamentar teóricamente las propuestas de una pedagogía hermenéutica que promueva una práctica pedagógica que reconozca al sujeto como ser particular y lo conduzca hacia la comprensión de sí y a la libertad de pensar; una pedagogía basada en la *hermenéutica del sujeto* (Foucault, 1994) que lo lleve a formarse desde la autenticidad.

Palabras clave: Hombre-masa, autenticidad, sujeto, ontosemiótica, pedagogía hermenéutica.

1 Licenciada en Educación mención Castellano y Literatura, egresada de la Universidad de Los Andes-Núcleo “Rafael Rangel”. Cursante de la Maestría en Literatura Latinoamericana (NURR-ULA) y del Doctorado en Educación (NURR-ULA). Miembro del Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias (LISYL-ULA). E-mail: luciaparra89@gmail.com.

2 Profesor titular de la Universidad de Los Andes, Venezuela. Licenciado en Educación Mención Castellano y Literatura. (ULA). Magíster Scientiae en Literatura Latinoamericana. (ULA). Doctor en Ciencias Humanas (LUZ). Coordinador General Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias (LISYL-ULA). Venezuela. E-mail: luish@ula.ve.

The refiguration of the man-mass from a hermeneutic pedagogy

Summary

The research route that we propose to follow tries to approach a social phenomenon of deep historical roots, which is the result of the various discourses that make up society as an ideological superstructure. With the advent of industrial society, the capitalist system and its ideological structure set in the cultural industry as a mechanism of creation of values, beliefs and representations within the social life of mass culture, appears the man-mass of which Ortega and Gasset speak, a man who has neither space nor freedom to think of himself, and is built by the same society. In the present research, we propose to move from the Ontosemiotics (Hernández, 2013) the refiguration of this subject-mass in being authentic from a hermeneutic pedagogy that privileges the formation of an intercultural subject capable of recognizing and recognizing himself in the construction of sociocultural imaginaries; And also, to theoretically base the proposals of a hermeneutical pedagogy that promotes a pedagogical practice that recognizes the subject as a particular being and leads him towards the understanding of himself and the freedom to think; A pedagogy based on the hermeneutics of the subject (Foucault, 1994) that leads to form himself from the authenticity.

Key words: Man-mass, authenticity, subject, ontosemiotics, hermeneutical pedagogy.

Introducción

La ruta investigativa que nos proponemos seguir intenta abordar un fenómeno social de profundas raíces históricas devenido de los diversos discursos que conforman la sociedad como superestructura ideológica que incluye todos los elementos espirituales en los que se cimenta la vida social: la ciencia, la moral, la metafísica, la religión, los cuerpos jurídicos, el arte, la política, la educación; tal como fue definida por Marx y posteriormente asumida por diferentes autores, entre ellos, representantes del pensamiento latinoamericano a partir de diversas reflexiones sobre la cultura como espacio dinámico y transformante en la vida de los sujetos.

Con el advenimiento de las sociedades industrializadas, surgieron también nuevas representaciones y concepciones de la vida social, políticas de educación y formas de vivir en función del principio consumista. Los mecanismos de construcción semiótica de la sociedad industrial han conducido al sujeto a insertarse dentro de una *cultura de masas* donde los signos están meditados en términos de control social y mediado de acuerdo a una economía política como discurso de referencia para su reproducción.

De tal manera, se intenta homogeneizar las formas de representación simbólica de los individuos a partir de modelos estandarizados, negando las posibilidades de los procesos de individualización del sujeto como ser particular, y a partir de allí, el sujeto está condicionado para representarse en su tiempo y espacio, y es llevado a construir significaciones de acuerdo a los mecanismos de representación simbólica de los modelos culturalmente establecidos.

En este sentido, esta propuesta se enfoca en una reformación del sujeto hacia su autenticidad

a partir de una pedagogía hermenéutica que lo conduzca hacia el reconocimiento de sí, desde la Semiótica de la Afectividad-Subjetividad u Ontosemiótica propuesta por Hernández (2013), esto es, el reconocimiento del cuerpo sensible desde el acto pedagógico, donde la educación, principalmente, más que dispositivo ideológico del Estado, promueva el reconocimiento de las necesidades del sujeto desde su particularidad sensible, y donde el sujeto se reconozca en su subjetividad para establecer procesos intersubjetivos dentro de los contextos sociales, que lo involucre conscientemente mediante el intercambio simbólico con las prácticas culturales y le conceda un posicionamiento como agente dinámico de significación.

Cultura, Hombre e Ideología. Los espacios enunciativos desde la triangulación semiótica

Dentro de este planteamiento y para el corpus investigativo que nos proponemos desarrollar, la idea de *cultura*, *hombre* e *ideología* son de gran importancia por ser los elementos a través del cual se intentan consolidar los diferentes discursos ideológicos imperantes en cada época histórica, y fundamentalmente, en las sociedades modernas en las que se ha impuesto el modelo capitalista. De ahí que la propuesta es asumirlos en tanto campos enunciativos dentro de la dinamicidad³ cultural; tres elementos que se transversalizan simbólicamente y a partir de los cuales hemos de establecer una triangulación semiótica para estudiar su significación cultural.

En este sentido, partiendo del *Diccionario de Filosofía* (s/f) de Ferrater Mora, la *cultura* es un proceso al cual está incorporado un valor, entiéndase la idea de valor como la representación simbólica que los seres humanos atribuyen a objetos, no solo físicos sino creados a partir de sus imaginarios para dar sentido a su existencia, tal es el caso de los mitos, leyendas, creencias religiosas, ideas científicas, prácticas morales, costumbres, entre otros; que no solo son objetos formados sino también transformados por el espíritu.

La cultura es el mundo propio del hombre; lo cual no significa que el hombre no viva también dentro de la Naturaleza y dentro o bajo lo trascendente. Lo que caracteriza al hombre es el espíritu, y este puede ser entendido no sólo como una espontaneidad, sino también como un conjunto de formas que fueron antes vivas y espontáneas y que poco a poco se transforman en estructuras rígidas, en modelos. Cultura es, como dice Scheler, humanización, pero esta humanización se refiere tanto al “proceso que nos hace hombres” como al hecho de que los productos culturales queden humanizados (Ferrater Mora, 391).

Desde estas consideraciones filosóficas, podemos ver que la idea de cultura en su esencia está arraigada a la actividad humana, constituye el mundo propio del hombre desde su esencia espiritual, que antes de constituirse en modelos o estructuras rígidas dentro de los procesos sociales, es un proceso humano a través del cual el sujeto se construye a sí mismo.

Por su parte, la idea de *hombre* se presenta a manera de un ente esencialmente dinámico; es: un ser racional, un ser social y un ser ético. Esto se constituye como su naturaleza, de ahí que la filosofía lo admita como un ser que ha sido formado y no creado. A este respecto, podemos decir que el hombre es producto de un proceso histórico, social y cultural que, no obstante, debe

³ Dinamicidad, es un término acuñado por Iuri Lotman en sus estudios sobre *La semiosfera* para significar la movilidad de los referentes en la cultura dentro de la semiosis social. Término también utilizado por Ortega y Gasset para referirse a la dinámica cultural.

considerar diferentes aspectos que lo constituyen en su multiplicidad de sentidos en tanto campo de significación: la esencia del hombre en el espíritu, el campo de simbolización y sentido que considera al hombre como “animal simbólico”, el aspecto biológico, el ámbito del historicismo, el sociologismo, el existencialismo, el psicoanálisis, el personalismo; entre todos los espacios que han de considerar al hombre como vasto campo enunciativo desde diversas esferas de significación.

Asimismo, desde el campo de la filosofía, la *ideología* surge como una disciplina cuyo objeto era el análisis de las ideas y de las sensaciones, que obviamente producidas por el hombre generaban facultades, siendo la ideología, para Destutt de Tracy⁴, tal como lo refiere Ferrater Mora, una ciencia fundamental cuyo objeto son los conocimientos.

En este sentido, una vez esbozadas estas tres vertientes: *cultura, hombre e ideología* desde las consideraciones filosóficas, se establece entre ellas una triangulación semiótica que pretende estudiar su significación dentro de la dinámica de la cultura.

Siguiendo las consideraciones de Ludovico Silva (2012) filósofo venezolano que realizó importantes reflexiones desde una filosofía latinoamericana profundamente influenciado por el pensamiento marxista, estudiamos las ideas en torno al concepto de *cultura* dentro de una sociedad que se ha visto absorbida de forma determinante por el sistema capitalista, estructura que adquiere forma y profunda fuerza dinámica y simbólica en la época de la Revolución Industrial, creando un modelo para la vida no solo social sino individual de los sujetos a partir del paradigma consumista, que no es más que la creación de mecanismos que buscan afianzar el capital de los poderes ideológicos de Estado imperante en determinado momento histórico.

De esta manera, la cultura como institución social se asume en tanto mecanismo para la formación de los sujetos en función del paradigma imperante que los dispositivos de Estado en su conjunto buscan imponer. Entonces la cultura como proceso de formación y creación de valores humanos, como cultivo del espíritu, pierde este principio fundamental para convertirse en el mecanismo más idóneo utilizado por los aparatos ideológicos de Estado en la intención de afianzar sus valores de esencia y reproducción capitalistas (para el caso de las sociedades modernas donde reina el paradigma consumista). En todo caso, el concepto de cultura entra en una profunda contradicción, y pudiéramos decir que entra en crisis puesto que adquiere una configuración ideológica para ser utilizada como instrumento de ideologización de los seres humanos; la cultura se convierte en la herramienta más eficaz para crear los principios al servicio de los poderes ideológicos de Estado. Tal como lo plantea Silva (2012), la *cultura* viene a no ser más que *ideología*.

La cultura siempre ha sido un fenómeno profundamente ideologizado hasta el punto de que la cultura ha sido siempre un asunto de la clase dominante, sometida a sus valores y creencias; y la ideología siempre se ha disfrazado de cultura para ocultar sus reales intereses (Silva, 2012: 31).

Considerada desde este punto de vista, la cultura históricamente ha estado ligada, o si se quiere, bajo el poder de las llamadas clases dominantes. Lo que se ha considerado como el “cultivo” de los espíritus siempre fue un patrimonio de las clases económicamente poderosas con posibilidades de “cultivarse”. En el mundo antiguo, todo estaba planteado muy claramente desde el punto de vista socioeconómico, la sociedad se dividía en clases rígidamente contrapuestas, la

4 Considerado el fundador de la ideología –o de la corriente de los llamados ideólogos–.

educación, el “cultivo” del espíritu era un privilegio al que solo tenían acceso los reyes, e igualmente los sacerdotes, quienes servían de consejeros a éstos. Por su parte, a los campesinos y esclavos se les mantenía al margen de los saberes, de las artes y las ciencias, lo que permite ver que la cultura era más un asunto de clases sociales, y que el manejo y control de la cultura como vía para la formación del espíritu estaba reservada a quienes tenían el poder no solo político sino económico. Hecho que no ha sido modificado en las sociedades modernas, y que por su parte, nos permite afirmar que este principio ideológico que vemos operar en el modelo capitalista tiene en sí una raíz histórica de gran envergadura aun cuando haya surgido con más preponderancia en la época de la Revolución Industrial en Inglaterra (siglo XVIII), época a la que Ludovico Silva denomina como “la verdadera patria del capitalismo moderno”.

En tal sentido, esta contemporánea idea de cultura ha adquirido mayor significación con el surgimiento de la Revolución Industrial, momento histórico en el que se instaura y reproduce un modelo cultural pensado y fabricado a partir del principio consumista en términos económicos. Y es allí donde se instaura el moderno sistema capitalista de producción, el cual consiste en convertir en mercancía toda la actividad humana. De la manufactura se pasó a la máquina, reducción del trabajo y ampliación de la producción, proceso que rápidamente convenció a las grandes multitudes de que con éste se lograría mayor producción con menos esfuerzo, y con ello, mayor comodidad y mejores beneficios en la calidad y modos de vida.

No obstante, de fondo, en el interior de la superestructura social existe un gran patrono que conduce el sistema a su antojo para su propio beneficio, y es ahí donde opera y tiene un profundo poder la ideología que se apodera del inconsciente de la gran masa humana y la somete a sus caprichos. Porque tal vez el problema no ha sido el surgimiento de la máquina, la técnica, y hoy día, la tecnología como el gran avance de las sociedades postmodernas, sino el fondo ideológico, el uso que desde los poderes imperantes se les otorga para su circulación en la vida individual y social de los sujetos, “En la sociedad capitalista, la ideología es un sistema perfectamente constituido para salvaguardar el capital material” (Silva, 2012: 28), y es a partir de allí precisamente desde donde se piensa y fabrican las representaciones culturales, siendo entonces la sociedad actual el mayor ejemplo en el que con tal fuerza, *cultura e ideología* aparecen íntimamente ligados.

En este entrecruzamiento que se ha producido históricamente entre estas dos categorías, siguiendo las reflexiones de Silva (2012), el mundo de la ideología y de la cultura se muestra como una gran fachada, como un edificio que es lo que los hombres generalmente alcanzan a percibir: el Estado, la moral, la política, la religión, el arte, los cuerpos jurídicos; sin advertir que toda esa gran estructura se cimenta en unas bases ocultas y profundamente poderosas. Y es allí donde se constituye la estructura de la sociedad capitalista, el aparato material productivo de la sociedad, la infraestructura tecnológica, la maquinaria, las relaciones de trabajo. En ese terreno oculto es donde el Capital hace su gran negocio de acumulación de bienes. Pero lo que la gran mayoría ve, lo que la gran masa humana alcanza a ver es lo que se refleja en la fachada social, es decir, los “legítimos” progresos sociales y tecnológicos, entre otros “beneficios” destinados a encubrir ideológicamente la explotación que ocupa un gran lugar en la estructura oculta de la sociedad. Y en esa base, la ideología es una región específica de la superestructura social, compuesta por un sistema de valores y representaciones creadas en función de los mecanismos productivos del capitalismo los cuales se fundamentan en la explotación como base material del sistema capitalista.

De modo pues que la ideología es un sistema. Ese sistema conforma una región

específica de la superestructura social que está en íntima comunicación con el resto de la superestructura: la cultura. Todos los elementos de la cultura pasan por la ideología, de modo dinámico. Todos en un cierto momento, pueden desideologizarse. Pero el mundo de la cultura, en sí mismo, es el mundo del pensamiento verdadero, el de la conciencia cierta de sí misma, el mundo del arte y de la ciencia (Silva, 2012: 29).

La verdadera labor de la cultura entre las grandes masas tendría que asumir el carácter de despertar las conciencias, de crear un pensamiento crítico y activo, un abrir las mentes absorbidas por tanta propaganda capitalista que las lleva a una explotación tanto material como ideológica de que, a diario y sin advertirlo, son víctimas. Una cultura que se asuma como auténtica, a más de ser un mecanismo ideológico es aquella que se piense en principio desde el sujeto encaminado a cubrir sus necesidades espirituales. Pero lejos de este propósito, lo que hoy se llama y asume como “cultura” permanece al servicio del poder económico que busca consolidar el sistema capitalista creando imágenes y representaciones para los modos de vida del sujeto, un capitalismo que como tal es un gran sistema basado en los valores de cambio; y en el que, lo que se considera como cultura está lejos de encaminar a los sujetos hacia su formación espiritual como seres humanos. Sin esta esencia, el sistema capitalista carece de cultura “y lo que puede llamarse “cultura capitalista” no es otra cosa que ideología” (Silva, 2012: 4).

Ideología que se inserta poderosamente en el interior tanto de los aparatos de Estado como de los medios de profundo poder de influencia en la conciencia de las personas, como esos inmensos medios de comunicación que a partir de sofisticadas técnicas de sugestión se apoderan del inconsciente de la gran masa humana creándoles necesidades artificiales y formándoles una imagen del mundo leal al sistema capitalista para someterlos a sus caprichos y manejar a su antojo. De esa manera opera la ideología en la sociedad capitalista, explora “cuáles son las “reales” necesidades de la gente, no sólo para adaptar la producción mercantil a esas necesidades sino para engendrar nuevas necesidades en el psiquismo de la gente” (Silva, 2012: 17).

Cultura y alienación ideológica

En el capitalismo que crea una cultura ideológica, el sujeto solo se encamina a la perfección de sus aptitudes morales e intelectuales que lo convierten en un consumidor insaciable, y por tanto, un hombre desbordado de un sinfín de “necesidades” creadas en su psiquismo gracias precisamente al “cultivo” capitalista, realizado hoy fundamentalmente por los medios de comunicación de masas, que son fundamentalmente medios ideológicos, difuminadores de cultura ideológica. Sería interesante determinar en este sentido, cuáles son esas aptitudes morales bajo las que debe formarse el sujeto dentro de la cultura capitalista, qué valores promueve esta cultura y si dichos valores permiten al sujeto formar su espíritu e instituirse como ser humano. Si apelamos al concepto de cultura en términos de ideología que Silva retoma a partir de Marx, vemos:

Si cultura es, en el nuevo y antropológico sentido del término, todo aquello que el hombre crea en cuanto hombre, y si toda esta creación asume hoy el carácter de capital, de mercancía (al menos en el mundo capitalista), entonces la cultura, la sociedad entera y sus productos, es opuesta al desarrollo integral del hombre. En términos de Marx: la cultura tiende a parcializar al hombre, a dividirlo, a oponerlo a sí mismo, y a producir la (...) alienación (...) del hombre (Silva, 2006: 171-172).

Tal parece que esta cultura que ideológicamente asume un papel preponderante en la

dinámica de la vida social, no garantiza la verdadera formación del sujeto como ser humano, por el contrario lo disecciona, lo divide, le crea una barrera dentro de sí mismo que lo despersonaliza, lo aliena de sí mismo. Y pensamos que esta es la consecuencia más poderosa que ha dejado la cultura capitalista, un conjunto de sujetos ajenos en su misma interioridad.

En este sentido, la alienación es uno de esos productos ideológicos que intencionalmente se crea en la cultura capitalista, es, junto a la ideología, el elemento que sostiene la superestructura capitalista de las culturas de masas. Alienación ideológica (Silva, 2006) que “consiste en la obediencia, sumisión y esclavitud del hombre a otro que no es él y que está, sin embargo, instalado dentro de él mismo en zonas no conscientes” (Silva, 2006: 220). Por lo tanto, ese otro que permanece dentro del mismo sujeto es el que lo esclaviza subjetivamente, es en sí la poderosa dominación de la cultura capitalista.

El capitalismo –a través del control de las comunicaciones masivas y de la “industria cultural”- se apodera de una buena parte de la mentalidad de los hombres, pues inserta en ella toda clase de mensajes que tienden a preservar al capitalismo (Silva, 2006: 186).

Esta cultura ideológica puesta al servicio del sistema capitalista es lo que Adorno ha denominado “industria cultural” nacida en nuestro siglo y destinada a la acumulación de capital ideológico. Industria cultural que Umberto Eco (1984) percibe como el mecanismo que sustenta una cultura de masas a manera de “una forma de poder intelectual capaz de conducir a los ciudadanos a un estado de sujeción gregaria, terreno fértil para cualquier aventura autoritaria” (Eco, 1984: 43).

Industria cultural que convierte la “cultura” en mercancía, creando representaciones de un gran poder de influencia sobre las personas para ser tomadas como modelos de vida, y en la que los grandes, poderosos y modernos medios de comunicación o *mass media* le sirven como mecanismo para difundirse y expandirse entre las grandes masas humanas. La industria cultural, según las reflexiones que a partir de Adorno ha realizado Ludovico Silva:

Se dedica a la producción de toda suerte de valores y representaciones (“imágenes”) destinadas al consumo masivo, o sea: es una industria ideológica, productora de ideología en sentido estricto, destinada a formar ideológicamente a las masas: dotarlas de “imágenes”, valores, ídolos, fetiches, creencias, representaciones, etc. que tienden a preservar al capitalismo (Silva, 2006: 215).

Según estas consideraciones, Silva plantea desde Adorno que la industria cultural se muestra como “el típico lugar social de la ideología”, una de las vertientes más poderosas y eficaces del capitalismo contemporáneo, y en tanto que es cultural –en el sentido ideológico-, se dedica a formar ideológicamente a las masas humanas.

Esa industria cultural a su vez, se sustenta o cobra fuerza a través de los *mass media*, poderosos dispositivos ideológicos que con el surgimiento de la era industrial y el acceso al control de la vida social de las grandes masas controladas y dominadas se han establecido en la historia contemporánea como una nueva civilización que implica, a decir de Eco (1984), la creación de un sistema de valores desde la cual se deberán elaborar nuevos modelos eticopedagógicos. Y en ese sentido, el sujeto de la civilización de masas surge como un hombre que deberá buscar e identificar cuáles serán sus vías de formación y de salvación en la gran avalancha de signos que caracteriza la cultura de masas.

No obstante, este sujeto capaz de identificarse en medio de la gran masa humana ha de ser un sujeto que se distingue del conglomerado, pues los *mass media* se dirigen a un público que no tiene conciencia de sí mismo como grupo social caracterizado; el público, pues, no puede manifestar exigencias ante la cultura de masas, sino que debe sufrir sus proposiciones sin saber que las soporta. Los *mass media* dan al público lo que deben desear, el gusto ya fabricado.

Es por ello que para consolidarse y conseguir el poder dominante el sistema capitalista desde su ideología de fondo busca tener el control desde el conjunto de sujetos que en grandes aglomeraciones puedan dar fuerza a sus modelos, un solo sujeto no le sirve, los sujetos aislados no darán la fuerza y consolidación que en cambio sí puede conseguir con los sujetos reunidos en la gran masa humana. Entonces, la intención de fondo será conseguir la acción de los sujetos en grandes aglomeraciones que puedan garantizarle la reproducción de sus capitales.

A este respecto y siguiendo las ideas de Freud desde un punto de vista psicoanalítico, hallamos una de las fundamentaciones más propicias para comprender el hecho de que los sujetos sean conducidos por diferentes mecanismos a conformarse en grandes aglomeraciones. Freud, siguiendo a Le Bon plantea que el fondo de una masa psicológica radica en que:

Cualesquiera que sean los individuos que la componen y por diversos o semejantes que puedan ser su género de vida, sus ocupaciones, su carácter o su inteligencia, el simple hecho de hallarse transformados en una multitud le dota de una especie de alma colectiva. Este alma le hace sentir, pensar y obrar de una manera por completo distinta de como sentiría y obraría cada uno de ellos aisladamente (Le Bon en Freud: 2).

En este sentido, el propósito de conformar masas humanas lleva consigo la intención de conseguir una acción en colectivo, lo cual no tendría los mismos resultados si los mismos sujetos que conforman ese colectivo hicieran las mismas acciones aisladamente. La intención es lograr la acción de los individuos constituidos en multitud.

La masa psicológica funda en el sujeto un sentimiento de potencia invencible a partir de la cual el sujeto puede permitirse ceder a instintos, que como individuo aislado hubiera frenado forzosamente. Y se abandonará a tales instintos cuanto que por ser la multitud anónima, y en consecuencia irresponsable, desaparecerá para él el sentimiento de la responsabilidad, poderoso y constante freno de los impulsos individuales (Freud: 3).

Evidentemente el sujeto constituido en masas actúa por instintos, tal parece que pierde el raciocinio que pudiera otorgarle el sentido de su hacer dentro de la sociedad como sujeto responsable. Y Freud lo explica muy claramente a partir de un mecanismo que lleva a los sujetos a perder la conciencia de sí y actuar de forma impulsiva: la *sugestibilidad*. A partir de este proceso, inadvertido para el individuo, se da una pérdida de la personalidad consciente, y desde allí, el sujeto obedece a todas las sugerencias del operador que se las ha hecho perder y comete los actos contrarios a su carácter y costumbres. En la masa, el operador:

Paraliza la vida cerebral del sujeto hipnotizado, se convierte éste en esclavo de todas sus actividades inconscientes, que el hipnotizador dirige a su antojo. La personalidad consciente desaparece; la voluntad y el discernimiento quedan abolidos. Sentimientos y pensamientos son entonces orientados en el sentido determinado por el hipnotizador (Freud, 4).

Perdidos todos sus rasgos personales, el sujeto constituido en multitud y sugestionado por

un operador de gran poder e influencia sobre él, pasa a convertirse en un autómatas sin voluntad.

El hombre-masa como construcción social

De esta manera y como hemos intentado explicar, con el advenimiento de la sociedad industrial, el sistema capitalista y su estructura ideológica configurada en la industria cultural como mecanismo de creación de valores, creencias y representaciones dentro de la vida social en esta cultura de masas aparece entonces el *hombre-masa* del que habla Ortega y Gasset, y es allí donde centramos nuestra propuesta investigativa, un hombre que no tiene espacio ni libertad para pensarse a sí mismo, y es construido por la misma sociedad.

Abarcado por la avalancha de signos y absorbido por la masa, el sujeto de las aglomeraciones surge como un ser improvisado, tal como lo plantea Ortega y Gasset, es un hombre montado nada más que sobre unas cuantas abstracciones y es idéntico a todos los que constituyen su mismo grupo, es decir, a la masa. Un ser vaciado de su propia historia para ser abarcado por lo colectivo, donde su personalidad, su interioridad se diluyen; podemos decir al respecto que es un hombre sin pasado, sin reconocimiento de sí, dócil, susceptible a adoptar cualquier modelo dispuesto para ser asumido como paradigma de identidad.

En este sentido, el hombre-masa es un ser que puede ser perfectamente alienable, carece de un dentro, de una intimidad; absorbido por la masa ha desplazado su espacio íntimo (memoria, historia, pasado...) para asumir los signos de un colectivo que está a la deriva, sin proyectos, siempre en disponibilidad para ser cualquier cosa.

A este respecto, la masa surge como el espacio en el que el sujeto se diluye como ser, o mejor dicho, la masa conduce a la aniquilación del sujeto como particularidad, la masa arrolla todo lo diferente; en la masa todos los individuos deben pensar por igual o corren el riesgo de ser eliminados. El poder de sugestión que tienen las masas y quienes las dirigen hacen que el sujeto en masa se sienta dependiente de ella, y por no quedar excluido conduce su vida a igualarla con todo el mundo; por lo tanto, dentro de ese espacio el sujeto pierde su autenticidad. Castrado para pensar y formar su personalidad, el sujeto queda abolido por la masa, inmerso en ella como espacio homogéneo de la vida, de la conciencia y del pensamiento.

Cabe considerar dentro de este planteamiento que la formación del hombre en masa ha sido un proceso llevado a cabo por los aparatos ideológicos, quienes fungen como los que dirigen este proceso de homogeneización; donde por ejemplo, el paradigma consumista del poder económico encuentra su proceso de consolidación a través de las masas. Pero también, el aparato educativo, el cual promueve la formación de formas absolutas de sujetos estereotipados, donde lo socio-histórico es propuesto como único mecanismo de identidad, en el cual el sujeto es vaciado de su historia personal; pues lo histórico-social, las construcciones cognoscitivas que intenta homologar el pensamiento y la capacitación para las necesidades laborales consideradas como realidad social, son los mecanismos llevados a cabo para formar al sujeto dentro del espacio social, cayendo muchas veces en lo crasamente ideológico, un proceso educativo que responde a lo ideológico a partir del sujeto que pertenece a la masa.

En las escuelas que tanto enorgullecían al pasado siglo, no ha podido hacerse otra cosa que enseñar a las masas las técnicas de la vida moderna, pero no se ha logrado educarlas.

Se les han dado instrumentos para vivir intensamente pero no sensibilidad para los grandes deberes históricos; se les han inoculado atropelladamente el orgullo y el poder de los medios modernos, pero no el espíritu (Ortega y Gasset: 31).

Las propuestas educativas latinoamericanas y específicamente en Venezuela se han utilizado categorías tales como: masificación de la educación, escuela unificada; que aunque apuntan en sus propuestas a contribuir a la formación de la personalidad del sujeto ubicado en su espacio y su tiempo, no deja de tener también un principio profundamente ideológico, por cuanto apunta a que el sujeto aprenda todo lo necesario para el sostenimiento y la prosperidad de los pueblos; una masificación de la educación en la que se promueve una enseñanza unificada dentro del cual los intereses colectivos cobran mayor importancia, considerándola como un todo dentro del cual el interés personal es solo una parte, y toma sentido en la inserción del colectivo, es decir, de las masas.

En el texto “*De una Educación de Castas a una Educación de Masas*” (1951) del maestro Prieto Figueroa, se propone la formación de un tipo de ciudadano venezolano educado para actuar en un medio transformado y dentro del cual él mismo sería agente de la transformación. Desde esta propuesta de trascendencia histórica sabemos que la intención se basa en querer llevar y garantizar el derecho de la educación a todos los sectores sociales, romper con la antigua idea clásica de que la cultura y fundamentalmente la educación, los saberes de las ciencias y las artes, el cultivo del espíritu era un privilegio de unos pocos con posibilidades de formarse. Por el contrario, la idea de esta educación para las masas se propuso desde los principios de Nacionalización, Socialización e Individualización; tres principios que buscaban garantizar la inserción del sujeto en la sociedad desde la conciencia de sí mismo sin olvidarse de su participación social y nacional.

Por su parte, surge también en Venezuela más recientemente la categoría de la *sociación de los saberes* como práctica social que consiste en procurar la construcción colectiva del conocimiento a través del libre acceso al mismo. Podemos preguntarnos en este sentido, si en el proceso social que apunta a la unificación y homogenización del pensamiento no se pierde el sujeto como conciencia particular, como conciencia auténtica.

Desde esta perspectiva, parece entonces que la masificación de la educación promueve la disminución de la actividad intelectual del sujeto “La personalidad consciente desaparece; la voluntad y el discernimiento quedan abolidos” (Freud; 4), el hombre en masa se diluye convirtiéndose en uno más del cúmulo. En este sentido, nos preguntamos: ¿Hacia dónde conducen los discursos que consideran al hombre en masa, y particularmente, hacia dónde conduce la masificación de la educación?

Contracultura. La contrapartida ideológica

Bajo las consideraciones anteriores, es también menester acotar que en función de las ideas expuestas a lo largo de las páginas que anteceden, frente a la formación del sujeto-masa como producto cultural en la dinámica de sus discursos ideológicos en las sociedades modernas, es nuestra pretensión proponer la formación de un sujeto en que la cultura, en su auténtico sentido, se construya desde el sujeto; que le sirva para formarse como ser humano desde lo espiritual. Tal y como propone Ludovico Silva, la cultura debe reflexionarse constantemente e incluso construir constantemente su concepto.

Desde las propuestas de las ideas latinoamericanas tenemos en las corrientes estéticas un caudal de influencias que sin duda nos ofrece el camino para considerar la formación de un sujeto latinoamericano. Ya lo había vislumbrado Manuel Díaz Rodríguez en “*Camino de perfección*” (1994), ensayo que propone un conjunto de ideas desde el Modernismo que a más de ser una corriente en literatura y arte, no sigue específicamente los principios de una determinada escuela, sino se propone como un movimiento espiritual muy hondo, un movimiento espiritual profundo. Ideas que nos sirven de base para proponer a partir de una esencia estética lo que sin duda privilegia al sujeto y su expresión desde la palabra, el lenguaje como arma que lo funda en tanto ser.

Es la idea de formación de un sujeto que desde el arte se crea teniendo como principio las bases espirituales de su ser, que no se deja llevar por lo exterior para reconocerse a sí mismo sino que a partir de la riqueza de su espíritu es el sujeto que conquista él mismo su reino. Un sujeto que a través de la palabra como instrumento, el lenguaje, sea el mecanismo más idóneo para formar y fortalecer su espíritu, es la herramienta para la formación de una cultura particular. Encaminar al sujeto hacia el encuentro consigo mismo, y desde ahí se halle diferente, puesto que es diferente el hombre que da con su propio estilo, que lo consigue, que adquiere conciencia de su estilo.

De esta manera es posible construir una cultura a partir del sujeto, el sujeto como eje y centro de los procesos culturales. A la cultura del capitalismo Ludovico Silva opone una nueva forma de construir cultura: “La *cultura*, debe ser contrapuesta firmemente a la ideología del sistema capitalista, mientras que la verdadera cultura de la época capitalista, la bautizaré aquí como *contracultura*” (Silva, 2012: 1).

La contracultura como el modo específico de ser cultural de la sociedad capitalista, y se caracteriza por su oposición implacable a los valores de cambio en que se basa esta sociedad. En esta visión de cultura auténtica, los sujetos del arte, quienes se forman desde el arte, son los sujetos contraculturales porque son capaces de salirse del sistema, alejarse de la masa para hallar su propio camino y contravenir la ideología que impera tratando de disolverlo como sujeto.

La práctica de una pedagogía hermenéutica

Es necesario entonces promover una práctica pedagógica que reconozca al sujeto como ser particular y lo conduzca hacia la comprensión de sí y a la libertad de pensar, una pedagogía basada en la *hermenéutica del sujeto*⁵ que lo lleve a formarse desde la autenticidad. Es en la autenticidad de su ser particular a partir del cual puede el sujeto contribuir a la construcción de la cultura desde el reconocimiento de sí en su propia historia, en su pasado y en sus circunstancias como base para la comprensión del mundo. Es una propuesta orientada hacia una pedagogía hermenéutica que adquiere sentido a partir del sujeto mismo porque afianza y permite la construcción de una cultura centrada en el cultivo de sí mismo:

El cultivo de sí mismo –a manera de autoformación- será el proceso exclusivamente interior y espiritual mediante el cual el hombre se puede elevar a su verdadera condición humana, logrando a través de la formación una emancipación intelectual que, por lo general, también incluye dimensiones estéticas y morales (Vilanou: 8).

5 Foucault (1994).

Una pedagogía que centre al sujeto desde lo sensible y dentro de la acción donde se aplica una semiótica de la sensibilidad que reconoce el sujeto, colocándolo como centro de los procesos y los sistemas de significación. La pedagogía debe estar fundamentada en una realidad social, que en principio debe reconocer la realidad del sujeto; y desde allí puede ejercerse sobre verdaderos actos de sentido.

En una cultura caracterizada hoy más que nunca por lo diverso, lo múltiple, que no obstante, crea interacciones constantemente a partir de sus sujetos, se debe propiciar la consolidación de sujetos que sean conscientes de sus diferencias para aceptar la de los otros. Y es donde surge la idea de la *interculturalidad* como dialéctica de la ideología:

La interculturalidad contiene a su vez un principio de lo transcultural, el cual quiere decir que pese al contactos de las culturas como diferente, cada una podría resistir su “esencialismo” y potenciar cierto dinamismo que permita, como dijera Monsiváis, una asimilación que no asimile (Pech, 8).

A partir de estas reflexiones es donde fundamentamos la posibilidad de poner en práctica la aplicación de una pedagogía hermenéutica que permita la refiguración del sujeto-masa en sujeto-auténtico. Y esta propuesta parte fundamentalmente de conducir al sujeto a reconocer y reconocerse en la construcción de imaginarios socioculturales; promover una cultura en el sujeto desde sí mismo, que le permita construir el modo específico de ser cultural en la sociedad capitalista en que hoy día, y en nuestra realidad particular latinoamericana, no solo impera de manera avasallante el poder económico sino también el poder político, y con él, los aparatos de Estado que inevitablemente se toman como mecanismos para unificar los modos del pensar que insistentemente buscan eliminar la diversidad de pensamiento, entre ellos principalmente la Educación, espacio en el que lejos de ideologizar al sujeto, se privilegie la diversidad donde las diferencias en los modos de pensar y actuar den espacio a las distintas formas de ser culturalmente auténticas configuradas en cada sujeto.

Conclusiones

Tal como lo hemos intentado mostrar, en la dinámica de la cultura, lo que debería constituirse en acción humana queda reducido a una serie de acciones mecanizadas; acciones conducidas a partir de los propósitos trazados por los aparatos ideológicos de Estado, quienes por diferentes medios se adueñan de la conciencia de la gente haciendo que actúen a su conveniencia y provecho. Es allí precisamente donde opera la ideología como la gran bisagra que ata cultura, pensamiento y acción; tres elementos que consideramos claves y que tienen sus posibilidades de concreción en el sujeto como centro y eje de los procesos de construcción de imaginarios y representaciones sociales. De tal manera, el ser humano en tanto eje de los procesos culturales pierde su autonomía como sujeto de la acción social y es sugestionado para actuar en función de un colectivo, que a su vez, es también conducido por el poder ideológico precisamente para obtener sus propósitos a partir de la acción en masa.

Es la acción en masa la que se busca promover en el sistema capitalista, acción en masa que crea formas de pensamiento en cada sujeto que la constituye, he allí la esencia de las masas humanas ideológicamente formadas; mecanismos que conllevan no solo a pensar sino a actuar de determinadas maneras, y entonces, es donde se crea a partir de cada sujeto una forma de pensar

y actuar que caracteriza, aunque de forma particular, a la masa en su conjunto. De esta manera nos preguntamos: ¿Constituido en masa puede el sujeto formarse como ser humano en esencia? ¿Constituido en masa tiene el sujeto la posibilidad de cultivar su espíritu y crear una conciencia particular como ser auténtico? Tal parece que justamente la masa, el hecho de las aglomeraciones que tanto afianzan los aparatos ideológicos surge como el gran obstáculo para formar seres auténticos, sujetos capaces de formarse un pensamiento que lo involucre activamente en la construcción de imaginarios socioculturales desde una conciencia de sí.

Por su parte, una *contracultura* tal como lo hemos referido con Silva (2012), en tanto el modo particular de ser cultural en las sociedades modernas profundamente influenciadas por los sistemas ideológicos de los dispositivos de Estado, surge como una forma de ser cultural a partir de un sujeto reconocido en sí mismo, que permita la construcción del sujeto auténtico desde su patemia, pudiéramos decir, desde sus *necesidades subjetivas*⁶ y no desde la creación de necesidades artificiales que lo conducen a ser un consumidor impulsivo, y con ello, a constituirse en un ser autómatas, sin voluntad.

En este sentido, tal como lo planteamos en páginas anteriores, abordar esta propuesta desde una *contracultura*, y en la que hemos referido los hombres de arte como *sujetos contraculturales*, equivale a decir que estos seres se constituyen en auténticos modelos para la construcción y consolidación de una cultura desde verdaderos sentidos dentro de los espacios socioculturales con valores humanos, que permita al sujeto hallar el camino hacia una vida espiritual en conexión consigo mismo.

Husserl (2012) plantea que en la vida colectiva, al igual que en la individual, debe tratarse de una vida «en renovación» “nacida de la voluntad expresa de configurarse a sí misma como humanidad auténtica en el sentido de la razón práctica, con voluntad, pues, de dar a su cultura la forma de una cultura «auténticamente humana»” (2012: 23). Por lo tanto, la intención de una refiguración del sujeto-masa en sujeto-auténtico, lejos de aislarlo de su colectividad pretende vincularlo conscientemente en los procesos de construcción de imaginarios sociales, hacerlo un sujeto de conciencia activa y no pasiva –en tanto que receptor paciente de todo cuanto se le intenta llenar-.

Se precisa de un sujeto en “autorrenovación” (Husserl, 2012), rasgo que caracteriza su esencia de ser humano al “hacerse a sí mismo el hombre como hombre nuevo” (2012: 24), con capacidad de “autoconciencia”, la que le permite y le da capacidad de tomar postura reflexivamente en relación consigo mismo y su propia vida “en el sentido, pues, de los actos personales de autoconocimiento, autoevaluación y autodeterminación práctica (volición referida a uno mismo y acción en la que uno se hace a sí mismo)” (Husserl, 2012: 24). Mediante estos rasgos considera Husserl que el ser humano se constituye en *sujeto agente* en el que sus actos se dan desde un auténtico querer, y por lo tanto, lo fundan como actor personal de su acción.

En toda sociedad, el ser humano como sujeto social debe ser el cimiento desde donde se establezca la cultura de acuerdo a un colectivo, no obstante, cada sujeto puede ser partícipe de la

6 Hernández (2013) refiere como *necesidad subjetiva* la que está orientada hacia lo intrasubjetivo, al deseo del individuo de alcanzar algo, de suplir una carencia. Y aún cuando crea un sistema de referencia abocado a expresar un real, también tiene un lenguaje simbólico que revela lo inconsciente.

construcción de su sociedad si se comprende y conoce a sí mismo, si vive auténticamente para sí y su autenticidad contribuye también a la construcción de la sociedad, una sociedad que más allá de lo ideológico se cimenta en ideales; ideales que solo pueden tener su fuente de vida en hombres soñadores, idealistas, que aunque parezca utópico, los ideales son el principio desde el cual puede formarse y transformarse el sujeto, y de esta manera, contribuir en la construcción de la sociedad.

La educación debe enfocarse en formar seres auténticos capaces de pensar desde sí y no como simples autómatas. Considerar al sujeto en masa contribuye a convertir a los sujetos en seres sin voluntad. En las masas la personalidad del sujeto desaparece, la conciencia crítica no tiene espacio, y por tanto, el sujeto queda abolido, castrado, aniquilado como sujeto consciente de poder ser partícipe de la sociedad. Considerarlos en masa contribuye a formar seres de la sombra, sin espíritu, seres para la mediocridad.

Solo si se enseña desde la conciencia de sí, desde las particularidades, desde una educación que sugiera ideales propicios a la realización del sujeto, se pueden construir seres auténticos, que conscientes de sí mismo, son capaces de aborrecer toda coacción, toda domesticación, todo elemento que los conduzca a una común mediocridad.

Referencias bibliográficas:

- Díaz Rodríguez, Manuel (1994). *Camino de perfección*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Eco, Umberto (1984). *Apocalípticos e Integrados*. España: Editorial Lumen.
- Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Freire, Paulo. *Pedagogía del Oprimido*.
- Freud, S. *Psicología de las masas y análisis del yo*. Traducción: Luis López Ballesteros.
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- Hernández Carmona. (2008). *Comunicar para incomunicar (los medios de comunicación en tiempos de globalización)*. Caracas, Venezuela: Fundación editorial el perro y la rana.
- (2013). *Hermenéutica y Semiosis en la red intersubjetiva de la nostalgia*. Mérida, Venezuela: Vicerrectorado Administrativo, Universidad de Los Andes.
- Husserl, Edmund (2012). *Renovación del hombre y de la cultura*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Ingenieros; José. *El hombre mediocre*.
- Ortega y Gasset. *La rebelión de las masas*. (fuente digital: <http://idd00qaa.eresmas.net/ortega/biblio/>)

- Planella, Jordi. “Pedagogía Hermenéutica. Más allá de los datos en la Educación”. En: *Revista Iberoamericana de Educación*. (Revista en línea)
- Prieto Figueroa. (1951). *De una Educación de Castas a una Educación de Masas*. La Habana.
- Silva, Ludovico. (2006). *La alienación como sistema: la teoría de la alienación en la obra de Marx*. Caracas: Fondo Editorial Ipasme.
- (2006). *La Plusvalía Ideológica*. Caracas: Fondo Editorial Ipasme.
- (2006). *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*. Caracas: Fondo Editorial Ipasme.
- (2012). *Contracultura*. Caracas: Fondo Editorial Ipasme.
- Vilanou, Conrad (2001). “De la Paideia a la Bildung: Hacia una pedagogía hermenéutica”. En: *Revista Portuguesa de Educação*, vol. 14, num. 2, 2001. (Revista en línea).